

### ***Los lazos (de sangre) que ahogan: ¿hablamos de familia?***

Parece ineludible que en la actualidad estamos asistiendo a una revisión del término “familia”, y dicha palabra se ve analizada desde distintos puntos de vista: desde el sociológico al religioso, del económico al genérico, gramatical, etc. Son diferentes esquinas que aportan diversos modos de vivir, de reunirse, de compartir, de *atarse*, según lo veo yo, a un gran abanico de compromisos con sus consecuentes implicaciones: el amor de la pareja (sacramentada o civil, “arrajuntada” o no) y resulta llamativo el altavoz de quien cacarea a los cuatro vientos: “es mi media naranja, es el hombre/la mujer de mi vida” (para otro día seguir por este hilo); la crianza de la prole, el pago de facturas domésticas, compartir ocio y negocio...entre otros, podrían ser motivos más que suficientes, sin duda, para establecer esos lazos “familiares”.

La Real Academia de la Lengua simplifica así la palabra a la que venimos haciendo alusión: ‘grupo de personas emparentadas entre sí que viven juntas’, e inmediatamente dicha definición nos retrotrae a imágenes relacionadas con el clan, la tribu, la estirpe, la parentela y el linaje. Podríamos seguir: cuna, saga, casta. Y no todas ellas, aunque pertenezcan a la misma “familia léxica” suponen un significado sinónimo, ni parecido, pues se derivan importantes matices connotativos que poco o nada tienen que ver con lazos amistosos, sino más bien de asfixia.

Me preocupa el deber y la obligación que se contrae de manera consciente e inconsciente cuando se mencionan expresiones del tipo: “somos familia, hay que ayudarse; como siempre, cenamos en familia; todos los años viajamos la familia entera; un regalo para cada familiar; nos organizamos entre la familia para cuidarlo; la familia a la que siempre se acude; la familia es lo mejor...” Suma y sigue. Como filóloga, me inquieta tanta familia, sobre todo, porque si hacemos pragmática lingüística, observamos unos imperativos y unas condiciones difíciles de llevar a cabo en todo lugar y en todo momento. Lo que se viene apuntando suena más bien a cláusulas (en letra muy pequeña, de las que provocan sorpresas negativas) de un contrato supuestamente firmado “con sangre”, o sea, inapelable. La literatura y el cine se hacen eco de todo lo que vengo afirmando: tragedias de generación en generación, venganzas entre los herederos, decepciones y separaciones irreconciliables...

Sí, hay alegrías familiares, al menos en apariencia, momentos de cierta felicidad -aunque sean instantes fugaces- ocasiones de celebración y alguna situación tranquilizadora; pero la vida se encarga de desbaratar lo que presupone el concepto de familia.

Me parece que es un vocablo lleno de celofán, tradición y costumbres reaccionarias, que se usa con orejeras y no permite abrir los ojos a otras formas de asociación y agrupamiento: las que cada uno decida sin cortapisas ajenas, sin normativa exigente del flujo sanguíneo.

Muchos de nosotros sentimos un mayor y más puro afecto por personas que poco o nada tienen que ver con nuestro ADN y cuyos lazos apretamos sin ahogar, los desanudamos a veces y los volvemos a entrelazar con el deseo de la proximidad.

Si ampliamos el foco y observamos con atención, conviene detenerse en tipos existentes de familia actual: nuclear, extensa, monoparental, reconstituida, homoparental, unipersonal, de acogida, adoptiva, disfuncional, multigeneracional, transnacional, elegida, diversa...

Resultaría adecuado, por tanto, alejar el valor de “sangre” a unión perpetua y con cargos sine die, porque conlleva unos parámetros personales que constriñen y limitan, ahogan.

Los lazos de sangre -familiares- no se pueden asociar a cargas y encomiendas, a un peso que lastra e impone.

Preferiría mantener dicha expresión en el nivel retórico de la metáfora sin desentrañar la enjundia que hoy en día se le atribuye. Creo que, si insistimos en repetirla una y muchas veces con la libertad que posee el ser humano de elección, la idea tan real y tan endémica de asociarla con ataduras que comprimen, cuerdas que amordazan, se podría ir diluyendo.

Y eso, sí, desde luego: cada uno que decida si quiere vivir en familia o no, que escoja uno u otro tipo de familia; ya hemos visto que las hay de todo pelo y pelaje. A gustos, a conveniencia. Sin agobios. Asfixiar al otro es corromperlo y atraparlo en unos lazos que ahogan sin remisión.